

lo, ¡ah! solo á mí me abandonas! ¿Dios mío, por qué me has abandonado?" ¡Ah! mi buen Jesús! á lo menos no te abandonaremos nosotros en ese amargo trance de tu agonía, de tu muerte! ¡Ah, mis hermanos! No lo abandonéis ¡no! Abracemos antes su cruz! Ved, mis queridos hermanos: en sus divinos pies taladrados por los pecados de los hombres, encontraremos como Magdalena el perdón; la misericordia en sus divinos ojos, en la dulce mirada de sus ojos halló Pedro la compasión, el arrepentimiento la penitencia. Dice el Evangelio: "Vió Jesús á Pedro". En su divina boca, en una palabra de sus labios que son la fuente de la sabiduría increada halló uno de los ladrones el perdón y la promesa del paraíso! En sus divinas manos, en sus benditas y adorables manos halló la muchedumbre la multiplicación de los panes para saciar su hambre. Pero yo más ambicioso que todos los pecadores del Evangelio ¡mi buen Jesús! Yo quiero penetrar en tu corazón. ¡Ah! Soy más ambicioso que Juan cuando reclinando su cabeza sobre tu pecho, aprendió la sublime teología de su admirable Evangelio. Yo quiero ir al Corazón de Jesús. A ello me alienta la invitación de David: "hijo del hombre acércate al corazón de Jesús." Yo quiero regar mi alma pecadora con la sangre y el agua que brotó de tu costado abierto por la lanza de un soldado. ¡Ah, mis hermanos! Llenos de amor, acerquemonos al pié de la cruz de Jesucristo! Protestemos una y mil veces, protestemos por el cielo y por la tierra, por la gloria de su nombre y por nuestra felicidad, no abandonar su servicio, militar siempre bajo su bandera. ¡Si! todos protestemos, mis hermanos, escondernos en su corazón, viviren su corazón, morir en su corazón para reinar con él, con el Padre y el Espíritu Santo!



XXVII

La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la
misa ferial del 5 de abril de 1876.

*Humiliavit semetipsum.
Se humilló á sí mismo.
San Pablo á los filipenses, c.
II. v. 8*

Yo encuentro más admirable, mis hermanos, las infinitas humillaciones del Verbo encarnado que los inefables esplendores de su gloria divina; comprendo á Jesucristo transfigurado en el Tabor, instruyendo á sus discípulos asombrados; pero no puedo mirarlo sin espanto crucificado en el Calvario. Que la majestad del Excelso sea proclamada en las alturas á la faz del cielo y de tierra con un cántico, que no pudieron cantar los inspirados labios de Isaías, por glorioso que sea para Jesucristo, era, sin embargo, debido al augusto carácter de su divina persona; pero que el Salvador de mundo, colmado de oprobios, saturado de amargura, haga estremecer los cielos y la tierra con esa gran palabra cuyo sentido se pierde en las profundidades del pensamiento "Padre, Padre ¿por qué me has abandona-

do"? ¡Oh! lo confieso, mis hermanos, en tan insondable abismo se confunde, se pierde mi pobre razón. Y sin embargo, tal es la sublime teología que el apóstol San Pablo predica á la humanidad: que la adorable pasión y muerte del hombre Dios es la obra más acabada de la sabiduría del Padre eterno; que los oprobios, las indecibles humillaciones, el torrente de dolores que, descendiendo desde el trono en que se asentó la eterna justicia, se precipitó violentamente sobre la cabeza del justo, es el prodigio de la omnipotencia de Dios. Adorable misterio, objeto de la meditación de todos los santos, de todos los grandes Doctores y Maestros de la Iglesia, que esta madre tierna y amorosa propone á sus hijos, empapados en lágrimas sus ojos, á fin de avivar los sentimientos piadosos de su corazón; porque es preciso reconocerlo y confesarlo: ante el espectáculo de un Dios que se hace Hombre para redimir al hombre, que nace en la humillación y en la pobreza, que anduvo en los senderos difíciles de la penitencia durante treinta años, que asombró al mundo con la predicación de una doctrina celestial, que lo edificó con el espectáculo de las más raras virtudes y que presenta en seguida, como el desenlace único de una santa vida, la tragedia del Calvario, bien cabe estremecerse y confundirse, mis hermanos, no con palabras, ni con reflexiones, ni con agudezas de ingenio, sino con lágrimas ¡Sí! con lágrimas que broten de lo íntimo del alma ha de considerarse y meditar-se este divino misterio. Si algo temo hoy, mis hermanos, al ocuparme, según lo requiere la liturgia de la Iglesia y la práctica que he observado en los años pasados, al ocuparme ya de la pasión y de la muerte de Jesucristo, puesto que la voz del sacerdote no debe levantarse en este augusto tiempo, sino para recordar al mundo los inefables tesoros de un Dios redentor, si algo temo, si algo acongoja mi corazón es la aprehensión de profanar este misterio, es la idea que cruza por

mi mente de cambiar algo de su admirable y sublime sencillez, de adulterarlo de alguna manera mezclando los vanos y fívolos aderezos de la elocuencia humana á la sencilla, encantadora y divina narración del Evangelio. Me parece que presentandoos en su desnudez más absoluta, sin galas ni adornos, este espectáculo de un Hombre Dios que llora los pecados del mundo, que hace penitencia por las prevaricaciones de los hombres, que levanta los gemidos de su pecho entristecido y agobiado, hasta el trono de la misericordia y del amor, que aplaca la justicia de su Padre presentándose como hostia de propiciación, no habrá corazón que no se enternezca ni espíritu cristiano que no se sienta herido por la espada penetrante del dolor.

Primeramente, mis hermanos, para entender la palabra del Apóstol que nos presenta la pasión y la muerte de Jesucristo como el argumento de la sabiduría de Dios, debemos considerar hoy la adecuada proporción que existe entre los designios divinos, relativamente á las asombrosas humillaciones del Verbo encarnado y todos los extravíos de las pasiones humanas; no hemos de considerar á Jesucristo como lo vió el profeta Isaias, como un hombre cargado de los pecados, de las maldiciones, de los anatemas que pesaban sobre la humanidad; no hemos de ver á ese Dios eternamente bueno, perpetuamente fecundo, que engendró de su propia sustancia á su hijo adorable y lo ama con el amor infinito de que es capaz su divino corazón; sino lo hemos de ver resplandeciente de justicia, vibrando el rayo de su indignación sobre los pecados del mundo. Jesús crucificado es el argumento de la sabiduría de Dios.

¡Oh Cruz adorable! Trono único en el cual se asentó la Sabiduría vestida de nuestra carne. Último asilo del Salvador, confidente de sus secretos, tú fuiste la que recibiste las últimas palabras de su boca, los últimos latidos de su corazón, tú fuiste ¡oh Cruz! la que

conservaste su único y su último tesoro. A ti me acójo para hablar lo menos indignamente posible de este misterio de las humillaciones y de los oprobios del Verbo encarnado.

PUNTO ÚNICO

Establezcamos, mis hermanos, antes de sondear este abismo de las humillaciones de Jesucristo, establezcamos los sólidos principios de la Teología católica acerca de la reparación del humano linaje. Consistiendo esencialmente el pecado del hombre en la osada rebelión de su voluntad contra la adorable ley de su Creador, en la independencia de ese yugo saludable que le impone la ley santa de su Dios, en el quebrantamiento sacrilego de los preceptos que la sabiduría y la santidad de Dios ha grabado en el fondo mismo de su corazón, la reparación completa del pecado exigía necesariamente que la magestad divina ofendida por la naturaleza humana fuera reparada en el mismo grado en que había sido ofendida. De aquí la necesaria ineficacia de todas las reparaciones humanas; son siempre insuficientes, siempre inadecuadas para satisfacer á la divina justicia, no solo por proceder de una criatura miserable, sino también porque esa criatura estaba ya condenada á la muerte, á la ruina eterna, condigna reparación de esa ofensa.....

.....(1)
Entrando ya, mis hermanos, en el detalle de esas humillaciones sin nombre, vais á contemplar un espec-

(1) El orador continúa tratando de la economía de la reparación del hombre, por la Encarnación del Verbo, que debía en su adorable persona reparar todos los extravíos de las pasiones humanas. En el original apenas se entiende lo que dice.—(Nota del Editor)

táculo asombroso; vais á ver al Eterno Padre vengando en Jesucristo todos los extravíos de la soberbia humana, todos los pecados del hombre, todas las locuras de sus pasiones, todas las insensateces de su orgullo; vais á contemplarlo expiando con el poder infinito de su diestra, en la persona de su Hijo, personero de los pecados del mundo, representante de la humanidad culpable, todos los desordenes de las pasiones humanas. ¡Oh! Por eso, contemplando este día de la pasión de Jesucristo, lo llama el Profeta día de las venganzas del Señor. ¡Ah! ¿Qué tienen que ver las cataratas del cielo, que se precipitaron como un torrente sobre la tierra para ahogar á la humanidad, porque toda carne había corrompido su camino; ni el incendio de las ciudades nefandas, que nos han dejado un monumento inmortal de la justicia divina, ni todos los demás azotes de la colera del Altísimo con las humillaciones y oprobios de Jesucristo, con esos abismos de dolor en que estaba sumergido su corazón? ¿qué tienen que ver todos estos ensayos, por decirlo así, de la justicia de Dios. Para comprender la gravedad de la ofensa á la magestad de Dios, convidaré á la humanidad, á asistir conmigo en alas de la fe, á la noche terrible de la pasión de Jesucristo; ahí es donde podéis alcanzar algo del misterio de las humillaciones de Jesucristo en el día que llamaba el Profeta *día de las venganzas*, día terrible en que la justicia de Dios se descargase sobre su víctima adorable, sin medida, sin consideración. Las humillaciones de Jesús en ese día memorable tuvieron todos los caracteres que tienen las pasiones humanas para ofender á la magestad de Dios; fueron universales, dolorosas, públicas, voluntarias, porque aquellos son si bien lo sondeamos, si bien lo consideramos, los caracteres del pecado, los signos de la rebelión del hombre contra su criador.

En primer lugar ¿no es la soberbia la raíz de todo

pecado? Todas las pasiones humanas tienen su alcazar en esa soberbia secreta del corazón que no quiere yugo, que le dice á Dios encarándose con él, poniéndose frente á él: "No quiero que reines, no quiero conocer la ciencia de tus caminos—" Algo más, la soberbia humana quiere sobreponerse á Dios, sustituir á la ley de Dios los caprichos de la soberbia humana, al orden divino, el orden de sus pasiones y pronunciar en cada una de sus prevaricaciones la palabra insensata del ángel caído; "subiré al cielo, pasaré mas allá de los astros del firmamento y con temeraria arrogancia le diré: yo quiero ser semejante á tí." Pues bien, para reparar esta soberbia humana tan universal, tan completa, que inficiona todos los sentimientos del corazón, todos los pensamientos del espíritu, todos los momentos del tiempo y que parece una sombra maléfica que acompaña al hombre en todos los instantes de su vida, que envenena sus buenas acciones, que emponzoña sus obras, de modo que apenas pueden verse; para espigar una soberbia tan profunda, tan universal, tan grande era preciso que la humillación de Jesucristo fuera inmensa, universal, vasta; y ¿lo fué, mis hermanos? ¡Sí! Su reputación, su fama, la gloria de su nombre, el esplendor de sus prodigios, el dominio que tenía sobre el pueblo, las alabanzas de la multitud, todo, absolutamente todo, naufragó en aquella memorable noche. Estando él joven todavía, á los doce años admirablemente asombró á Israel por su sabiduría entre los Doctores, las Escrituras Santas las interpretó, las aplicó con sin par oportunidad.

En la noche de su pasión, nada sabe, nada entiende, nada dice. A los prodigios de su sabiduría ha sucedido el mas completo silencio. Jesucristo tuvo la fama de una santidad eminente: la pregonaron los pueblos, las muchedumbres que lo seguían, los ciegos, paralíticos, leprosos; los que iban en pos de él se volvieron

lenguas, no obstante su prohibición, para anunciar á Israel que había llegado la hora de su salud, que un justo moraba en el pueblo, que el Hijo de Dios visitaba su nación y los mismos Escribas y Fariseos no podían resistir el esplendor de sus virtudes y la gloria de su santidad, y muchas veces, aunque devorados por el despecho y por la envidia, le tributaban homenajes reconociendo que era un hombre que andaba siempre en los senderos de la verdad y de la justicia. Maestro, le decían, confesamos que eres un hombre que anda siempre por el camino de la verdad. ¡Oh fama de su santidad! prestigio de su virtud, encanto de su justicia, alabanzas que le tributaban los pueblos, temor de sus enemigos ante el brillo de sus virtudes: ¡todo desaparece en la noche de su pasión! En Jerusalén no se oían otras voces sino que iba á ser condenado á muerte un impostor que había engañado tanto tiempo con prodigios del demonio á la muchedumbre, que había seducido á las gentes con el insensato proyecto de obtener el poder de los Césares de Roma, que predicaba la doctrina del escándalo ordenando que no debía pagarse el tributo al imperio, que prometía derribar el templo y la sinagoga. He aquí lo que se oye en Jerusalén, y los fariseos y todos se vuelven lenguas para propagar esta nueva dichosa de la condenación de este impostor. Jerusalén vió sus prodigios y la fama de su poder quedó escrita en monumentos inmortales. Los Evangelios los cuentan á millares. En el mundo no cabrían los libros que hubieran de escribir, contando el pormenor de los prodigios que realizó. Quien decía que era el hijo de David, el heredero de su gloria, de su cetro; quien agregaba que había venido á restablecer el antiguo esplendor del reino de Israel; quien que Dios se había dignado al fin visitar á su pueblo, que debía bendecir al que

venía en nombre del Señor, cantando el hosana de alegría; quien lo llamaba un gran profeta, el mayor de los que habían visitado á Israel; quien lo adoraba y veía en él al prometido Mesias, que debía restablecer en el mundo el suave imperio de la ley.

Naufragio terrible, mis hermanos, el de la Omnipotencia de Jesucristo en la noche espantosa de su pasión. Tú mar de Galilea y Tiberiades que aplacaste la furia de las olas, al dulce imperio de su boca. Tú que volviste á la vida escuchando la palabra omnipotente de Jesús: Lázaro sal á fuera! Desventurado hijo de la viuda de Naín, que volviste á la vida, para dar testimonio de la Omnipotencia del Salvador. Prodigios todos de Jesucristo. ¿dónde está la gloria que atesorasteis sobre su nombre? ¿Dónde están las aclamaciones que partían de los labios de lamuchedumbre? ¡Ah! Ingratos hijos de Judea, ya no recordáis las veces en que, como amoroso Padre, cuando fatigado, por el cansancio y por el hambre en un desierto, teniendo por techumbre el firmamento, y por alfombra el cespel del campo, su mano divina multiplicó los panes para saciar vuestra hambre, y lo alabasteis como al enviado de Dios, y quisisteis restaurar de nuevo el reino de Israel poniendo en su mano el solio de Judea, en su frente divina la corona de David, y él, humilde, huyó de las aclamaciones para elevar al cielo la oración de propiciación por los pecados del mundo. Hoy, en el momento de su pasión, vuelve á tomar crédito en la sinagoga, en el pueblo, entre los sacerdotes. la blasfemia de que Jesucristo obraba estos prodigios en nombre del demonio; porque no presenta sino el aspecto de una debilidad suma, lo injurian, lo arrastran, lo acosan, lo calumnian, lo maldicen, lo reniegan, colman de improperios su fama, le dicen las mayores infamias; los testigos son de tal

naturaleza que se contradicen entre sí; no hay testimonio conforme, la ausencia de toda justicia es el sello que caracteriza este célebre proceso de Jesucristo; pero nada de esto me admira, nada de esto me asombra, nada pone espanto en mi corazón, porque esta es la obra de las pasiones humanas

Si el poder de Nuestro Señor Jesucristo es irrevocable para dar testimonio de su divinidad, mira, le decían: "te adoraremos, reconoceremos tu nombre, confesaremos tu doctrina, abrazaremos tu cruz, seremos los primeros discipulos de tu Evangelio, reconoceremos la falsedad de nuestros errores y la perversidad de nuestra conducta, si haces el prodigio de bajar de la cruz" I no lo hizo, mis hermanos; y desmintiendo su antigua omnipotencia, como para que triunfe el prodigio de sus humillaciones, que es más grande que todos los prodigios de su diestra, permaneciendo en una impasibilidad admirable, en un silencio divino, dejando que corran lentas las olas de la divina justicia, que pasen implacablemente los rigores de la justicia ¡Ah, Padre mío! ¿no sabéis lo que deseo? ¿No sabéis lo que pienso? Que se cumplan las escrituras, que se acabe la satisfacción á tu adorable magestad, perdónalos, mientras que yo consumo el sacrificio que te he ofrecido por la salud de los hombres. Así respondía á los que blasfemaban en torno de su cruz.

Estas humillaciones del Salvador, mis hermanos, debían ser, además, rápidas, instantáneas, como la tempestad que, después de un día tranquilo y sereno, cuando nada parece anunciarlo al desgraciado navegante, estalla en un momento dado, violenta, intempestiva, terrible, sepultando en los abismos de la mar, la débil embarcación que cruzaba bonanciblemente sus aguas. En la mitad de la carrera de su vida, cuando Jerusalén lo aclamaba, las turbas lo seguían, las calles de la ciudad se habían empavezado para cantarle el

Hosana; cuando había llegado al apogeo de su grandeza, cuando el sol de su fama y de su prosperidad se encontraba en el cenit, cuando nada parecía anunciar la proximidad de un desenlace tan trágico, entonces, derrepente, sin preparación alguna, sin pretesto alguno, estalló la tempestad que lo condujo al Calvario. Ah! Pensad, mis hermanos, en el carácter gravísimo que imprime el sello profundo y terrible, á las humillaciones del Salvador y que las hizo adecuadas para los pecados de todos los hombres. Para expiar esa facilidad con que las pasiones nos hacen caer, esa prontitud con que la naturaleza humana se rebela contra Dios, con que pasa el hombre del estado de la gracia al estado del pecado, quiso la sabiduría eterna que fuera repentina, instantánea, de un momento, de manera que un día brillaran los esplendores de su gloria, resonaran en Jerusalén los cánticos de alegría: "hosanna al que viene en nombre del señor;" y dice el Evangelio que para demostrar esas pobres gentes su alegría, su júbilo, tendían en el suelo sus vestiduras, adornaban las calles de la ciudad con ramas de árboles, manifestando así, en su misma pobreza, la alegría que experimentaban en la ciudad de David. Pues bien, á los tres días precisamente, oíanse en la ciudad los gritos de crucifixión; y los muros de Jerusalén, las bóvedas del templo, todos los ecos del monte de la Judea y la Palestina repetían "crucifiquenlo, crucifiquenlo, que caiga su sangre sobre nosotros."

Terrible lección, mis hermanos, de lo que valen el sufragio de la muchedumbre y el elogio de los pueblos, terrible lección que nos enseña á no fundar la reputación sólida sino sobre la base de la justicia, y que enseña á la vez que la opinión pública, el sufragio de la muchedumbre, el elogio de los pueblos es inconsecuente, frívolo, falaz; ahí tenéis el ejemplo de Jesucristo,

aclamado hoy con frenesí y crucificado á los tres días con saña implacable, en el suplicio más infame.

El tiempo no basta, mis hermanos, para que yo continúe sondeando este abismo y complete así la proporción que la sabiduría divina supo establecer entre las humillaciones del Salvador y los desórdenes del pecador.

Consagremos los últimos instantes á postrarnos al pie de la cruz de Jesucristo, única esperanza del cristiano, símbolo de la redención, signo del triunfo contra todas las postestades del mal ¡Ah! mis hermanos ¡La cruz es el último asilo del cristiano. Pronto llegará el día terrible de nuestra muerte, más pronto de lo que pensamos; á la puerta está el divino juez, para pedirnos cuenta de nuestra vida; próximo el día, en que hemos de abandonar al mundo, sus ilusiones y sus vanidades, su gloria y sus encantos, para entrar en la eternidad, para presentarnos al tribunal de nuestro juez, tribunal incorruptible, justísimo, donde no hay acepción de personas, á rendir cuenta de la administración de nuestro tesoro, á presentar al Padre de familia las ganancias que hemos conseguido negociando con los tesoros que nos dió su infinita bondad. En ese momento terrible de la muerte ¿que os queda, mis hermanos? Hay que dejar las riquezas, el fantasma de los honores se disipa como un vapor, los placeres y sus encantos sólo dejan en ese momento la cruel amargura de haberlos gozado contra la ley santa de Dios. ¿Qué queda pues? Familia, amigos, relaciones, todo hay que abandonarlo ¡Ah! Cuando nuestra agonía se aproxime, cuando llegue por fin el instante supremo de despedirnos del mundo nada más nos queda que la cruz de Jesucristo! ¡Sí! El sacerdote nos la presentará, la aplicará á nuestros labios y haremos un esfuerzo para imprimir en ella un ósculo de amor. Nuestros ojos cerrados ya por la muerte se entreabrían

ran, quizá por última vez, para contemplar la adorable imagen de Jesucristo crucificado, y en nuestros oídos sordos ya para los ruidos del mundo, se dejará escuchar la voz del sacerdote, que nos ponderará la misericordia y el amor del Dios redentor ¡Ah! La cruz en que murió Jesús será nuestro único consuelo, nuestra única esperanza, nuestro único asilo, en ese momento supremo de la vida ¡Ah! ¡Que nos sea familiar, que sea desde hoy nuestra amiga, nuestra compañera, nuestra consejera, nuestro guía, nuestra esperanza! ¡Abraçemonos de la cruz en que murió Jesucristo, abraçemonos de este signo de nuestra redención, ya que nada mas que á ella tendremos en la hora de la muerte. Sí, y cuando nuestra alma se desprenda del cuerpo para comparecer ante el tribunal de Dios, colocarán la cruz sobre nuestro pecho inerte para denotar que están ahí los restos de un cristiano; esa será nuestra única pompa funeraria: una cruz que brillará sobre nuestro pecho ¡Ah mis hermanos! Quiera Dios que el último latido de nuestro corazón y la última palabra y el último sentimiento sean para esa cruz bendita porque, no olvidemos las palabras del Apostol: *El que muere conmigo reinará conmigo.*



XXVIII

San Félix de Valois

Compendio de un panegírico predicado en la Iglesia de
Trinitarias el 20 de noviembre del año de 1876

*Venit in me spiritus sapientiae:
et praeposui illam regnis et sedi-
bus, et divitias nihil esse duxi in
comparatione illius.*

Sap. c. VII, vs. 7 y 8.

EXORDIO

LA Iglesia es un reino. Las órdenes religiosas forman su manto real. Entre éstas, descuella la Orden de Trinitarios, por la especialidad de su fin y su consagración á la Santísima Trinidad. Despréndese de aquí las virtudes en que debe florecer y el panegírico del santo que brilló en ellas.

PUREZA

Deja la corte. Se hace sacerdote. Huye á la soledad. Familiaridad con los ángeles, viaje á Roma, revelación al Papa, revelación de su muerte. Aparición de la Virgen.